

NOELIA AMARILLO

EL
ROCE
DE TU
PIEL



El roce de tu piel

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Encierro / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2022
ISBN: 978-84-08-26286-2
Depósito legal: B. 13.524-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Érase una vez que se era un complejo hípico de nombre Venta La Rubia que, además de las instalaciones ecuestres, albergaba varias yeguaadas, una cantina y un buen número de caballos que a su vez eran alojados en una docena de cuadras y escuelas de equitación.

Es en una de estas cuadras/escuelas en la que comienza nuestra historia un insípido martes de septiembre. No hace ni frío ni calor y una suave brisa mece las ramas de los pinos y las encinas de la dehesa en la que se ubica el complejo. La hierba que cubre el suelo es verde y abundante, los conejos se esconden de los zorros, los zorros se esconden de los humanos y los perros zanganean olisqueando todo lo que encuentran. En las pistas, los caballos hacen su trabajo con mayor o menor resignación, dependiendo de la destreza de sus jinetes. Algunos son verdaderos expertos y otros... otros consiguen sostenerse sobre la silla mientras sus profesores los corrigen. O lo intentan, pues algunos alumnos son, además de duros de mano, duros de mollera, lo cual es sustancialmente peor.

En la pista principal trabaja en este momento Elías Martín, quien, además de ser un reputado profesor, es el propietario de Descendientes de Crispín Martín, la escuela más notable del complejo hípico. También el protagonista de nuestra historia.

Martes, 12 de septiembre

—La espalda recta, Nacho —repitió Elías por millonésima vez esa tarde, conteniendo las ganas de mirar el reloj para ver cuánto le quedaba de clase y, por ende, de suplicio.

Le gustaba enseñar. Era motivador ver cómo sus alumnos dejaban de ser sacos de patatas y se convertían en jinetes decentes. Aunque había clases, como esa, en que su trabajo le resultaba descorazonador, pues sus alumnos ni siquiera se molestaban en montar con un mínimo de dignidad y método. Simplemente iban a la hípica para salir en su historia de Instagram a caballo con el traje, el casco y las botas de montar. Postureo, que lo llamaba Rocío, su hija. Estupidez supina más bien, opinaba él.

Miró al presumido adonis que se sacudía sobre la silla con la misma gracia y estilo que un flan de gelatina y no pudo evitar pensar con cierta acritud en el futuro que le esperaba al planeta con tales elementos ocupando la cúspide de la pirámide evolutiva.

Uno no muy bueno, eso seguro.

O tal vez no. Tal vez el futuro no fuera tan negro, pensó al ver pasar a un muchacho alto y espigado, de rostro angelical y carácter endiablado, a lomos de un caballo de capa cobriza que adolecía del mismo talante que su jinete. Su boca se curvó en una ligera sonrisa. Le caía bien Jaime, poseía la actitud, la entrega y el empuje necesarios para convertirse en un gran jinete de doma clásica, también en un saltador notable. Lástima que perteneciera a la escuela que era su competidora directa.

Terminó la clase, fue a la cuadra con el caballo para desequiparlo y ducharlo, y lo llevó al prado. No tenía más clases esa tarde, por lo que disponía de un rato de libertad antes de dar la cena a sus animales, y pensaba emplearlo en montar a *Altanero*.

Recorrió el pasillo de boxes hasta la oficina —y sala para todo— para coger una botella de agua de la nevera y, nada más entrar, los cuadros de la pared temblaron. Varios se torcieron y dos cayeron al suelo. Los recogió con el ceño fruncido y estudió las escarpas que los sostenían en la pared. Estaban rectas y firmes. Y, aun así, los marcos, siempre los mismos, seguían cayéndose. Había probado con

ganchos, clavos y adhesivos, pero daba igual de qué colgaran, esos dos cuadros acababan en el suelo un par de veces al mes. Si no más.

—Siempre son los tuyos...

Elías se giró hacia la adolescente que acababa de entrar en la oficina.

—No puede ser casualidad —continuó inquieta—. ¿Por qué no los guardas en un cajón, papá? Así no se caerían.

—Me gusta verme en la pared de los recortes de periódico, llámalo vanidad. —Elías los miró con un poso de amargura.

El más antiguo de los marcos caídos contenía un recorte del *Marca* de un cuarto de siglo atrás en el que aparecía con apenas veinte años mostrando eufórico el trofeo recién ganado. En el otro marco, un recorte de *El País* de hacía dieciséis años lo mostraba en el que sería su último concurso, aunque en ese momento no lo sabía. En la imagen, tomada en la Longines FEI Jumping World Cup 2007, montaba a *Orgulloso*, el PRE* descendiente de *Calamidad* con el que había alcanzado sus últimas victorias y que era el padre de *Altanero*.

Había ganado, consiguiendo su mayor logro hasta la fecha. Y dos meses después, en el punto más álgido de su carrera, había renunciado a la competición.

—Pues al bisa no parecen gustarle. —La muchacha miró ceñuda los marcos astillados.

—Explícate.

—Es obvio, ¿no? El bisa los tira porque no le gusta verlos en la pared junto a sus recortes de periódico...

«No, si va a resultar que la casiguapa de mi bisnieta es hasta lista.»

Elías enarcó una ceja instándola a explicarse.

—Le molesta que subieras al podio en una etapa del circuito CSI5* Longines y él no —continuó Rocío alterada. No le gustaba estar en la oficina. Sentía cosas raras.

«No fastidies, Casiguapa, como si yo no hubiera conseguido mejores marcas que esa...»

* Pura raza española.

—Teniendo en cuenta que el Longines se creó décadas después de su muerte, dudo que pueda molestarle —señaló Elías—, amén de que está muerto, y por tanto los asuntos terrenales ni le van ni le vienen.

«Esto es para cagarse. Además de muerto, ninguneado. ¡Pues claro que me vienen!»

—Pues ya me contarás quién sacude la pared y tira tus cuadros —porfió ella.

—Mi abuelo seguro que no —replicó Elías a la vez que enderezaba los cuadros con los recortes de antiguos periódicos de las hazañas de Crispín.

La gran profusión de estos y la lozanía que mostraba en todas las fotos dejaba claro que su abuelo había tenido una vida corta pero muy intensa. Esbozó una sonrisa torcida al observar las imágenes de este sobre *Calamidad*; se decía que Crispín quería más a ese caballo que a su familia, y Elías no lo ponía en duda.

Su abuelo era delgado y muy alto. La altura era lo único que Elías compartía con él, sin embargo, Rocío era su vivo retrato. Nieta y bisabuelo eran espigados, de rasgos afilados y ojos grandes y saltones, de un negro insondable que jamás reflejaba sus pensamientos, nada que ver con la mirada penetrante del color del Mediterráneo al atardecer de Elías ni con su físico fibroso. Nieta y bisabuelo tenían unos labios definidos con un marcado arco de Cupido que rara vez sonreían y el pelo castaño oscuro, casi negro, muy diferente del castaño claro con reflejos dorados de Elías.

Padre e hija no podían ser más diferentes, tanto en carácter como en físico. Elías era templanza, solidez y perseverancia, y Rocío, al igual que Crispín, era impulsividad, arrogancia y obstinación. Lo único en lo que coincidían era en su carácter introvertido.

—Esta pared da al box de *Altanero* —continuó Elías—. Y ya sabes el genio que tiene. Los cuadros se tuercen porque mi caballo la cocea, sacudiéndolos. —Miró los dos únicos cuadros que jamás se torcían ni caían.

—Todos menos el mío y el de mamá —señaló Rocío, la vista fija en dichos cuadros.

«A las mujeres hay que respetarlas.»

—Son los que están más cerca de la viga, lo que los protege de las sacudidas.

—Claro —resopló Rocío con escepticismo mientras estudiaba a la mujer del cuadro. Su sonrisa era alegre y sincera, tan dulce como su carácter. Era un milagro que este no se le hubiera agriado tras el accidente. Vestía pantalones y polo blancos de concurso, lo que concordaba con el trofeo que sujetaba orgullosa—. Mamá era una gran amazona.

—Sí que lo era.

—Pero tú eras mejor...

—Todo es relativo.

—¿Por qué dejaste de competir?

«Porque es un merluzo.»

—Ya lo sabes, cambié de prioridades.

—¿Si no se hubiera quedado en silla de ruedas habrías seguido compitiendo?

—Ya estaba pensando en tomarme la competición con más calma cuando mamá tuvo su accidente —mintió—. Su caída solo aceleró mi decisión.

—¿Y si yo no hubiera existido? —planteó lo que nunca se había atrevido a preguntar.

—Tú no tienes nada que ver con mi resolución de dejarlo —replicó él taxativo.

—Si no hubieras tenido que cuidarme mientras mamá estaba en el hospital, y después, cuando viste que nunca volvería a and...

—No me arrepiento de la decisión que tomé —la interrumpió cortante—. Y tú no tuviste que ver nada en ella —reiteró su mentira.

—Podrías haber saltado como Crispín. Incluso podrías haber batido su marca...

«¿Batir mi marca? ¡Vete a freír espárragos! Para eso hay que tener pelotas, y las del merluzo de tu padre están desaparecidas en combate.»

—O haberme matado como él.

—No. Tú eras mejor.

«Es para cagarse, las tonterías que tengo que oír.»

—Nunca podremos saberlo.

—¿No te queda esa espinita clavada? Si yo hubiera estado tan cerca de ir a las Olim...

—No —la cortó con brusquedad—. Mi abuelo fue un gran jinete, pero era un inconsciente. Tenía metida en la sangre el ansia por competir y superar a todos, incluso a sí mismo. Y eso lo llevó a hacer locuras. Se mató dejando huérfano a mi padre con menos de un año. No disfrutó de su mujer y de su hijo, nunca le importaron.

«¡Sí me importaban!, pero pensé que tenía más tiempo. No estaba en mis planes matarme.»

—Su vida era la pista, los obstáculos que superar y *Calamidad* saltándolos. No había más. Su ambición impidió que mi padre tuviera un padre y que yo tuviera un abuelo. No quiero eso para mi hija. Ni para mis nietos. Ningún logro vale tanto, Ro —afirmó con rotundidad—. Ve con Mario, hoy tiene clases de poni y te conviene aprender a darlas.

Rocío asintió y se marchó. Su padre nunca quería hablar con ella de su frustrada carrera como jinete olímpico, del accidente de su madre o de su muerte tres años atrás.

Elías esperó a que el silencio, solo roto por los relinchos de los caballos, volviera a reinar en la cuadra antes de permitir que la máscara de impasibilidad con que ocultaba sus sentimientos se desvaneciera y la vieja amargura cincelara sus rasgos.

¿Espinita clavada? No. Él lo que tenía era una lanza clavada. O la había tenido, en pasado. Ya no. Había aceptado que la decisión que había tomado era la única posible para un hombre como él. En aquel entonces, el amor por su familia y la pasión por competir convivían en su corazón manteniendo un delicado equilibrio que el accidente de Ana dinamitó. Y cuando hubo de elegir, no tuvo dudas. Pero eso no evitaba que, en ocasiones, sintiera la familiar amargura de haber rechazado la oportunidad de su vida.

Abrió el cajón del escritorio y sacó el reloj que Crispín había convertido en su amuleto. Le dio cuerda en un gesto mecánico, aunque no era que le hiciera falta, pues, a pesar de que llevaba semanas —tal vez meses— sin acordarse de él, este funcionaba como

si le hubiera dado cuerda el día anterior. Era curioso, no recordaba que se hubiera parado jamás.

Observó reflexivo el Dogma Prima y sintió cierta envidia del Elías que, dieciséis años atrás, volaba sobre *Orgullosa* dispuesto a comerse el mundo y besaba relojes viejos en honor a un hombre que, en realidad, no merecía tal dignidad.

Su abuela aseguraba que había aprendido a montar antes que a andar. Él lo dudaba. Tenía tres años la primera vez que su padre lo subió a un caballo, e imaginaba que por entonces sabría andar de sobra, pero quedaba más épico decir que había heredado el don de Crispín. Solo que no existía tal don. Todo se reducía a trabajo, constancia y entrega. A montar hiciera sol, lloviera o nevara, con fiebre y con resaca, con ganas y sin ellas, a caerse y a levantarse, a acabar la jornada con las manos llenas de ampollas y la espalda dolorida. Solo así se llegaba hasta donde él había llegado.

A un paso de los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008 con posibilidad real de obtener diploma. Pero la caída de su esposa lo hizo imposible. No, eso era mentira. Lo que lo hizo imposible fue su decisión. Y con ella había de vivir.

Ocurrió durante un entrenamiento rutinario. Un estúpido resbalón del caballo que derivó en una mala caída y un terrible diagnóstico: Ana no volvería a andar. Tendría que pasar por una dura rehabilitación para tener la posibilidad de mantenerse erguida en una silla, pero no se lo podían garantizar. La historia familiar se repetía. Rocío tenía dos años y él estaba en la cúspide de su carrera, a un paso de alcanzar la gloria, igual que su abuelo.

No. No se arrepentía de su decisión. Puede que a veces sintiera cierto resentimiento por no haber competido en las Olimpiadas antes de retirarse, pero sabía que, de haber cedido a la tentación, no se habría retirado nunca. En su juventud era igual que su abuelo, llevaba la competición en la sangre, era adicto al reto de saltar más alto, a la descarga de adrenalina de intentar lo imposible. Si no hubiera parado en ese momento, no se habría detenido jamás. Y su hija se habría criado sabiéndose la segunda en el corazón de su padre, su mujer habría tenido que enfrentarse sola a una durísima recuperación y él se habría odiado por haber dejado de lado a su familia.

—No me arrepiento, Ana —aferró la alianza de su esposa que le colgaba de una cadena al cuello—, no cambiaría los años que estuvimos juntos por nada del mundo. Pero ahora que no estás la soledad comienza a dolerme...

Abandonó la oficina decidido a subirse a *Altanero* y desconectar de todo.

«La soledad es el peor de los castigos, el más atroz y cruel.»